

CONFERENCIA CIENTIFICA INTERNACIONAL UNIVERSIDAD Y SOCIEDAD

APUNTES SOBRE LA PROPIEDAD Y PRODUCCIÓN NO PLANTACIONISTA EN LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XIX CUBANO

NOTES ABOUT THE PROPERTY AND NON-PLANTING PRODUCTION IN THE FIRST HALF OF THE 19th CENTURY

Autor: M.Sc Alexander Abreu Pupo¹, M.Sc José Manuel Leyva Herrera².

¹ Profesor Auxiliar Universidad de Holguín, Cuba, apupo@fh.uho.edu.cu, ² Profesor Auxiliar Universidad de Holguín, Cuba, jleyva@fh.uho.edu.cu.

RESUMEN:

La escritura de la historia económica de Cuba sobre la primera mitad del siglo XIX ha sido marcada por la impronta de los estudios sobre la plantación esclavista y los impactos que ésta tuvo sobre las relaciones productivas de la sociedad en su conjunto. Sin embargo, muy poca atención se le ha prestado a la agricultura de subsistencia, que aunque no generó los capitales ni las relaciones mercantiles propias de la de tipo capitalista, fue sostenedora del mercado interno y jugó un papel más significativo de lo que se ha planteado con respecto a su interrelación con la plantación esclavista, en un período donde la regularidad fue el desarrollo de una industria azucarera con ingenios pero sin latifundio.

La investigación se planteó como problema fundamental ¿cuáles fueron las dinámicas productivas de la economía no plantacionista durante la primera mitad del siglo XIX cubano?, el objetivo fundamental fue revelar las dinámicas productivas de la economía no plantacionista durante la primera mitad del siglo XIX cubano. El método fundamental fue la revisión de fuentes primarias y secundarias del conocimiento histórico, destacando la consulta de fuentes de archivo como las Memorias de la Sociedad Económica del País, el Archivo Nacional de Cuba, el Archivo Provincial de Santiago de Cuba. Los resultados fue la implementación de su contenido en cursos de pensamiento cubano para las carreras de ciencias sociales en la Universidad de Holguín, postgrados y la Maestría en Historia y Cultura en Cuba.

PALABRAS CLAVES: Plantación esclavista, economía, azúcar, café y mercado

ABSTRACT:

The writing of the economic history of Cuba on the first half of the 19th century has been marked by the imprint of the studies about the slave plantation and the impacts that this had on the productive relations of society as a whole. However, very little attention has been paid to subsistence agriculture, although it did not generate the capitals nor the mercantile relations proper to the capitalist type, was supportive of the domestic market and played a more significant role than has been raised with respect to its interrelation with the slave plantation, in a period where regularity was the development of a sugar industry with mills but without large estates.

The research is presented as a fundamental problem: What were the productive dynamics of the non-plantation economy during the first half of the 19th century? The fundamental objective was to reveal the productive dynamics of the non-plantation economy during the first half of the Cuban 19th century. The fundamental method was the revision of primary and secondary sources of historical knowledge, highlighting the consultation of archival sources such as the Memoirs of the Economic Society of the Country, the National Archive of Cuba, and the Provincial Archives of

Santiago de Cuba. The results were the implementation of its contents in courses of Cuban thought for the social sciences careers in the University of Holguín, postgraduate and the Master in History and Culture in Cuba.

KEY WORDS: Slave plantation, economy, sugar, coffee and market.

DESAROLLO

Según Le Riverend, cualquier análisis de la estructura agraria de Cuba a principios del siglo XIX deberá tener en cuenta que el crecimiento de la agricultura comercial impulsó indirectamente la agricultura de subsistencia. El mayor volumen de estos últimos lo alcanzaron el arroz, maíz, plátanos, frijoles, trigo y las viandas tradicionales de la base alimenticia de la población.

Las estadísticas indican un crecimiento paralelo de los cultivos básicos y de los cultivos menores, la diferencia radica en el peso que tenían en la economía agraria del país. En gran medida estos cultivos se desarrollaban en los ingenios y los cafetales, bien de manera paralela o en parcelas independientes.

En algunas zonas el valor de las producciones de los sitios de labor y de crianza presenta un equilibrio con el de las plantaciones, sin llegar a convertirse esto en la regularidad (Abbot, 1965: 237), pues estaban en dependencia de sus respectivas situaciones. En el caso de la agricultura no comercial, en tanto relaciones con el mercado exterior, sus precios dependían de su falta en el abastecimiento. En cuanto a las producciones de carácter comercial sus precios los imponía la fuerte competencia con el mercado exterior.

En 1827 la producción agropecuaria refleja que las producciones plantacionistas generaban el 47.4 del valor porcentual, mientras que, las ubicadas dentro de la estructura no plantacionista agraria y otras actividades económicas vinculadas a los oficios artesanales y manufactureros, alcanzaban la cifra porcentual de 52.6. Si tenemos en cuenta que solo dos productos, como el café y el azúcar, generaban casi el 50% del valor de la producción agropecuaria, hay que reconocer su trascendencia dentro de las relaciones productivas y económicas establecidas con su respectivo impacto en la estructura socio clasista; pero ello nos haría perder de vista la tesis que hemos venido sosteniendo de que la estructura

agropecuaria de la Isla hasta la segunda mitad del siglo XIX se caracterizará por un equilibrio entre producciones comerciales y producciones básicas, primarias o de subsistencia.

Los datos indican que si descontamos el valor porcentual de la producción vinculada a actividades económicas no agropecuarias, el valor porcentual de la producción agropecuaria extraída de actividades ganaderas y de cultivos propios de sitios y estancias de labor, alcanza la cifra de 45.8%, es decir, casi el mismo porcentaje logrado por los cultivos plantacionistas. Esta simple visualización de las estadísticas productivas del año 1827, nos están indicando que no puede ser obviada la economía no plantacionista de nuestros estudios histórico-económicos del período.

Para 1820 en Cuba se contabilizaban 625 ingenios, 229 cafetales, 1197 potreros, 830 haciendas de crianza, 11 583 estancias y sitios de labor y 1 691 vegas de tabaco (Arazoza y Soler, 1820: 48-62). Para esa misma fecha entraron en los mercados de la capital 10 132 bestias con cargas de viandas, frutas y verduras; 1 021 caballos con carbón de madera; 285 con ocho botijas de leche; 120 con dos jabucos de huevos; 313 con 24 aves; 326 con dos bandas de carne de res; 472 con media fanega de maíz. (Arazoza y Soler, 1820: 60)

En el censo de 1827 la estructura agraria se visualiza como conjunto de la economía colonial. Se registraban 1000 ingenios, 2 067 cafetales, 76 algodinales, 60 cacahuales, 3 098 potreros, 5 534 vegas, 13 947 vegas y 13 947 estancias y sitios de labor. Los números por sí solos no dicen nada, es el análisis de cada uno de ellos por regiones lo que les da un valor ante la historia. Una atenta mirada a los censos de 1827 y 1846 nos hacen comprender que la concentración demográfica y de capitales hacia el occidente hizo de esta región el principal centro de consumo y exportación. Por su parte, la zona central superaba a la oriental en cuanto a las producciones de frijoles, garbanzos, cebollas, maíz, cera y miel de abejas, mientras que el

oriente destacaba por sus producciones de ajo y arroz.

En términos nacionales el maíz se redujo de 211 kg per cápita en 1827 a 96 en 1846, los frijoles de 2kg a 1 y las hortalizas de 50 kg a 8; las viandas decayeron de 479 en 1827 a 312 kg en 1846, lo que provoca un aumento en el consumo del casabe cuya producción creció en un 60% (Colectivo de autores, 1867: 245). En el censo anteriormente mencionado se recoge que la Isla tenía 76 algodones, de ellos 73 en la región oriental. (Archivo Histórico Provincial de Santiago de Cuba)

En la medida que desaparecían los espacios dedicados a la plantación en la región occidental estos fueron ocupados por potreros o sitios de labor. Prosperarían para la década de los años 50 los cultivos menores de papa y hortalizas. En Bejucal y Artemisa, la definitiva eliminación de la antigua hacienda ganadera extensiva y con la reducción de los ingenios y cafetales aumentan las tierras dedicadas a potreros y sitios de labor.

Si las estadísticas indicaban que para 1827 la producción agropecuaria no plantacionista era casi semejante en valor porcentual de la producción plantacionista, para 1860 la situación se tornará distinta. Para esta última fecha, el valor porcentual de la producción azucarera alcanzará la cifra de 61.4%, mientras que, las producciones no plantacionistas alcanzarán la cifra de 36.3%. El reflejo cuantitativo del mundo agropecuario de la década de 1860, es la expresión de la antesala de un proceso de entronización del latifundio cañero, que terminará ahogando la estructura diversa e imprescindible de una economía agraria diversificada.

El desarrollo de la investigación confirmó lo difícil que es evaluar o hacer estimados de la economía no plantacionista a partir de la dispersión de sus componentes. En la zona de la Puerta Güira, Guanajay y Güines entre 1846 y 1859 se incrementan los potreros, los sitios y estancias (Le Riverend, 1974: 297). Las razones de esta expansión de los potreros y sitios de labor y estancias hacia estas regiones se explican por el desplazamiento de la plantación hacia la zona matancera y central de Cuba, la introducción del ferrocarril y la crisis cafetalera que convirtió la mayor parte de los cafetales en este tipo de utilidad agraria. El desplazamiento plantacionista provoca una

generación de cultivos menores y la inobjetable multiplicación de los minifundios, contradictoriamente, esto no se revirtió en el aumento de pequeños propietarios, sin embargo, ello no niega la idea de que existió hasta 1868 una relación importante entre formas menores de explotación agraria y agricultura comercial. Dicho de otra manera, el auge de la agricultura comercial no detuvo la multiplicación de las pequeñas explotaciones dedicadas a cultivos varios en la primera mitad del siglo XIX. Es decir, no se fomenta la pequeña propiedad sino que simplemente se impulsaba la pequeña explotación agrícola.

Los hacendados daban a censo, arrendamiento u otra forma los sitios de labor, para intentar satisfacer las necesidades alimentarias de su ingenio, pero a la vez, para buscar una fuente de ingresos, expidiendo estos productos en un mercado interno que con el crecimiento demográfico tendía a crecer. Al arrendar un potrero iban incluidos el ganado y el pasto. El ganado se enumeraba y se anotaba su estado, teniendo que ser devuelto en iguales condiciones a las que había sido tomado. (Abbot, Cartas: 204)

Es un hecho real la incapacidad de autosuficiencia que tuvieron los ingenios para resolver los problemas de alimentación, vestuario y equipamiento tanto de sus dotaciones como de sus trabajadores asalariados (Moreno Fragnals, 1978: 52). Los llamados conucos, instalados dentro de las propiedades del hacendado, destinados a producciones agrarias de productos primarios como legumbres, vegetales, viandas y hortalizas, en su mayoría cosechados por esclavos, solo confirman la heterogeneidad que caracterizó a la agricultura cubana de todos los tiempos.

En ingenios de 20 a 30 caballerías de tierras en total, era imposible ahogar las pequeñas explotaciones agrarias. Independientemente de la utilización de la fuerza de trabajo esclava, también se hizo necesario una política sobre la colonización blanca para emplearla en estos minifundios, algo que fue incomprendido por la mayoría de los hacendados interesados solo en la producción para el mercado exterior. Esto último no niega que muchos hacendados impulsaran explotaciones con variedades de producciones agrícolas y ganaderas a la par de la plantación del café o azúcar.

Ante el abandono de los cultivos no comerciales, pero básicos en el sostén alimentario, los dueños de ingenio viabilizaron que el día de parada forzosa para ajustar y limpiar la maquinaria los esclavos lo aprovecharan en el cuidado mínimo de sus conucos, siembras de maíz o cría de puercos, esto redundaba en el beneficio del negro que a fin de mes agregaba un suplemento dietético a su dieta, lo que les permitía durar y rendir más, asentarse más en la tierra y disminuir su costo de manutención. (Moreno Friginals, 1978: 121)

Los conucos eran una forma de disminuir los costos de producción, pues se intentó resolver gran parte de la alimentación, compulsando la utilización y explotación de alguna parte de la dotación a producir su dieta diaria. Estas formas de explotación agraria, inscriptas dentro de la pequeña producción, no lograron garantizar la proteína diaria ni otros productos como el pescado, la sal, arroz y carnes necesarias para alimentar la fuerza de trabajo en las plantaciones.

Moreno Friginals, define a los conucos, como pequeñas porciones de terrenos entregadas a los esclavos para sus cultivos y crías, siendo corriente que el dueño del ingenio comprara a los esclavos sus producciones. Es interesante apuntar que la historiografía no haya hecho reparos en estudiar esta forma de propiedad, quizás, una razón sea, que con el auge azucarero y el recrudescimiento del tiempo de trabajo en la plantación existió la tendencia a borrar todo tipo de propiedad en manos de los esclavos, práctica negativa pues suprimía el único nexo de interés que unía al esclavo con el ingenio. Para las décadas de 1830 a 1850 los hacendados más lucidos restablecieron estas formas de propiedad, influyendo en ellos las continuas rebeliones esclavas, la carestía de los alimentos entre otros factores. (Moreno Friginals, 1978: 202, 203)

Aunque los conucos en su producción no suplieron las demandas de las dotaciones plantacionistas, esto no fue resultado de una baja productividad, simplemente, hubo otros elementos que no le permitieron cubrir todas las necesidades, ejemplo: las proteínas cárnicas y grasas, producciones no logradas en los ingenios, pues los esclavos no disponían de tiempo para atender las crías de animales, además, porque las tierras del ingenio no podían dedicarse a pastos, sino a la siembra de caña.

Esta situación determinó que la carne se comprara y no se atendiera a las crías de ganado mayor en los conucos. Cada esclavo consumía unas dos libras diarias de carne de res en cualquiera de sus variantes, lo que suponía una compra importante realizada fuera de las fronteras de la propiedad azucarera. No parece haber sido una práctica común la existencia de potreros de crianza dentro de las unidades azucareras, esto no puede ser una negación a que se encuentren potreros, corrales o establos para cuidar y alimentar el ganado destinado a las faenas de la plantación.

El potrero será una forma de explotación más racional de la ganadería. Concientes los hacendados de esto, se comprueba que hubo "(...) valiosos potreros o terrenos de pasto, cercados para puercos y ganado (...) Estos potreros constituyen haciendas valiosas, fácilmente administrados sin requerir mucha atención por parte del propietario. Cada plantación tiene por lo menos un pequeño potrero anexo, para criar ganado y proporcionar alimento a caballos y mulos." (Moreno Friginals, 1978: 204)

Los potreros se diferenciarán de las haciendas de ganado mayor. Estarán "(...) cercados de piedras sueltas ó de plantas vivas, reúnen un mayor número de animales, proporcionalmente á su extensión, y sus pastos son mas abundantes, porque se destinan para esta clase de fincas, tierras desmontadas ya vírgenes, ya después de haber sido cultivadas, que producen muchas plantas para el alimento de los animales. En los potreros, no solo se ceban los ganados que de las grandes haciendas se destinan para el consumo, los bueyes extenuados por el gran trabajo en los ingenios, y los caballos en semejante estado, mediante un tanto ó una retribución mensual sino que además reúnen la cría de estos últimos y la multiplicación de las mulas. Una caballería de tierra destinada á potrero, puede alimentar 25 reses por término medio (...)". (De la Sagra, 1831: 75)

La actividad ganadera se vio rezagada durante la primera mitad del siglo XIX. Un reflejo de lo afirmado se puede determinar por las estadísticas tomando como referencia los años 1827 y 1846. Un balance del ganado, en sus diferentes clases, arroja que en 1827 existían 1 503 cabezas de ganado vacuno por cada 1000 habitantes y el de labor era de 199. De esta misma clase, para

1846, las estadísticas indican una reducción de 646 cabezas de ganado y 56 de labor. El caballar se contabilizaba en 1827 en 294 y para 1846 era de 239. En cuanto al porcino las cabezas por cada 1000 habitantes era en el año 1827 de 1268 siendo para 1846, 1033; el mular/asnal se mantuvo estático en 28 mientras que el lanar/cabrío ascendió de 67 a 93. (De la Sagra, 1831: 245)

Estas estadísticas son cuestionables de la tesis planteada por Moreno Fragonal de que la ganadería fue un negocio importante y rentable en el período que estudiamos. Lo que no quiere decir que estemos negando que para 1830, por los altos precios que alcanzó el ganado, se intentó impulsar y tecnificar su crianza por parte de los hacendados (Moreno Fragonal, 1978: 202), sin embargo, la realidad también indica que el cambio de uso de la tierra supuso mayores ingresos, puesto que la hacienda ganadera tiene una reducida productividad con un uso extensivo de la tierra, mientras que el azúcar y el tabaco aportaban ingresos mayores con el empleo de menor cantidad de tierra.

A partir de la década de 1840 comienza a desarrollarse un fuerte movimiento científico alrededor de la agricultura, sobre todo de tipo comercial. Se intentará introducir nuevas variedades de caña, perfeccionamiento de arados de vertedera, gradas, de rodillos de tapadores, que sustituirían en un período de tiempo no muy extenso al arado criollo de madera y de reja, el azadón y el machete. Sostenemos la hipótesis que este tipo de adelanto solo pudo ser usado para el trabajo en las plantaciones de caña y no por pequeños propietarios en el desarrollo de cultivos menores. La razón de tal hipótesis la deducimos porque estos instrumentos modernos eran costosos y de fabricación norteamericana o europea.

Estos cultivos, que desde el punto de vista de la comunidad eran primarios o principales, se hallaban por lo general en manos de pequeños cultivadores, los menos eran propietarios y la mayoría era arrendatarios, precaristas y censatarios que usaban una reducida extensión de tierra con pocos brazos y escasos recursos financieros. Álvaro Reynoso llamó la atención sobre la introducción de los adelantos técnicos en estas producciones, las consideraba una importante materia prima para la industria sin dejar de considerarla una mercancía que podía darle impulso al mercado interno.

Se desarrollaron iniciativas oficiales como la divulgación del Catálogo de Instrumentos Agrícolas; se enviaron semillas de arroz a Güines de procedencia norteamericana para ser sembradas a manera experimental. Esta actividad careció de sistematicidad dentro de un entorno económico que negaba los estímulos privados y públicos a este tipo de producción.

De igual forma, se desarrollaron una serie de cultivos intensivos con riego, como la papa, arroz y otras viandas, esto se reflejó, sobre todo, en las zonas habaneras de Catalina y Melena. Esta jurisdicción producía, además, frijoles, garbanzos, arvejas, maní, ajonjolí y plátanos, cebollas y ajos. Esta actividad se desarrolló en otras regiones del país. Las producciones fueron insuficientes para abastecer el mercado interno obligando la importación de muchos de estos cultivos.

No parece haber sido la decadencia la característica principal de este tipo de producciones agrarias, pero lo cierto es que no llegó a satisfacer las demandas crecientes del mercado interno. Las estancias, en lugares cercanos a La Habana u otros pueblos con una demografía apreciable, tienen rendimientos apreciables y con una profunda dirección mercantil dentro de su ciclo productivo. Muy escasa es la información que ofrece Pezuela sobre los cultivos de árboles frutales, sin embargo, para la década de 1860 ya se exportaba alguna cantidad de frutas frescas y en conserva hacia los Estados Unidos y sus precios habían tenido un alza en el mercado interno.

En términos estadísticos, y haciendo uso solo de las variables que responden al objeto de la investigación, el estado general de la producción agrícola y riqueza rural de la Isla de Cuba para 1861 se comportaba de la siguiente manera: 5 738 potreros, 270 798 toros y vacas, 35 200 caballos y yeguas, 3342 mulos y asnos, 349 960 cerdos, 34 813 lanar y cabrío, el valor de la ganadería será de 5 286 180 Ps. Fs. Se contabilizaron 9 482 vegas con una producción de 690 300 quintales de tabaco, valorizado en 16 942 500 Ps. Fs. Existían 290 709 colmenas con una producción de 362 276 barriles de miel con un valor de 1 266 966 Ps. Fs. La cera producirá 211 104 @ con valor de 1 794 384

Ps. Fs. Los sitios de labor y estancias¹ ocupaban 21 842 caballerías de tierras, de esta misma unidad agraria eran utilizadas en el cultivo de frutas 81 981. 82. (De la Pezuela, 1963: 38-39)

Según las noticias estadísticas de 1862 y publicadas en 1864, el valor total de la riqueza general de Cuba, era de 1 324 801 856 Ps. Fs. con 93 6/8 Cs, dejando una renta o producto líquido de 132 480 185 Ps. Fs. con 69 Cs, de ellos, corresponden a las fincas rústicas 380 554 527 Ps. Fs. con 3 6/8 Cs y una renta o producto líquido de 38 055 452 Ps. Fs. con 70 3/8. En específico a las variables que hemos venido evaluando, dentro de lo que definimos como economía no plantacionista, encontramos que los potreros tenían un valor general de 46 250 189 Ps. Fs. con 85 Cs, dejando una liquides de 4 625 018 Ps. Fs. con 98.5 Cs. Las vegas de tabaco poseían un valor de 18 468 562 Ps. Fs. con 73 6/8 Cs y su producto líquido era de 1 846 856 Ps. Fs. con 27.3 3/8; los sitios de labor se valorizaban en 43 000 463 Ps. Fs. con 35 Cs y su liquides era de 4 300 046 Ps. Fs. con 32.5 Cs; las estancias tenían un valor general de 11 021 914 Ps. Fs. con 35 Cs y la renta líquida era de 1 102 191 Ps. Fs. con 48.5 Cs; los colmenares tenían un valor general de 992 160 Ps. Fs. con 35 Cs y la liquides era de 99 216 Ps. Fs. con 48.5 Cs. (De la Pezuela, 1963: 390)

Las ventas de productos agrícolas como el arroz, el añil, cera, frijoles, garbanzos, jengibre, hortalizas, maíz, mijo, plátanos, patatas, queso, sagú, tabaco y viandas o raíces alimenticias fue de 78 107 799 @ unido a 339 918 barriles de miel, a esto habría que agregarle las arrobas de productos como el casabe, almidón, leche, frutas, aves, huevos, pesca y productos de la ganadería cuya estadística no tenemos, lo que no constituye ninguna limitante al contarse con los valores totales que ellos representaban. En términos globales estos productos representaron en ventas 56 627 123 Ps. Fs. de un total general de 129 510 518 Ps. Fs. (De la Pezuela, 1863: 390; y Conde Armildez de Toledo, 1864: 29,32). Por su parte la riqueza pecuaria alcanzará el valor total de 34 024 059 Ps. Fs. con 50 Cs, de ellos 28 409 845 Ps. Fs. con 50 Cs los

generará el Departamento Occidental (Conde Armildez de Toledo, 1864: 31,32). Para el año 1866 los potreros se contabilizaban en 5 748; los sitios de labor y estancias en 22 890 y las vegas en 9 481. (Márquez, 1926: 173)

LA VEGA: UN DESAFÍO A LA GRAN PROPIEDAD.

Cuando don Fernando Ortiz escribió su monumental obra Contrapunteo del tabaco y el azúcar, no hacía una simple referencia a dos de las más importantes producciones desarrolladas en Cuba desde nuestros primeros tiempos. Si ese hubiera sido el objetivo, le habría bastado haber hecho un simple recorrido descriptivo geográfico-estadístico. Pero no, don Fernando sabía que detrás de esas “arrogancias” de la caña y “humildades” del tabaco, lo que se escondía era una cuestión mucho más seria: la propiedad agraria.

No dudamos, por las características que presenta el cultivo del tabaco y su fuerza de trabajo, incluir unas breves líneas a la vega como unidad agraria productiva que se verá constantemente amenazada por la expansión latifundista de la caña, contrapunteo que será definido a favor de esta hacia la segunda mitad del siglo XIX, período histórico que escapa a nuestra reflexión historiográfica. Será el tabaco un tipo de producción no plantacionista, necesitada de pocas hectáreas de tierra para su desarrollo y capaz de incursionar con éxito en la producción mercantil generadora de capitales y plusvalía. La gran contradicción del veguero es que no será él quien comercie sus producciones, lo que lo mantendrá alejado de esa cuota de plusvalía que irá a parar a manos de una burguesía comercial, principalmente española.

Independientemente de todo lo dicho, muy pocas veces reparamos los historiadores que en las zonas de desarrollo veguero se producía gran cantidad de frutos menores y vegetales con un carácter de subsistencia. “El cosechero de tabaco dedica su terreno, la primera parte del año, a maíz, papas o ñames, para que sus trabajadores tengan alimentos y para poner el terreno en buenas condiciones. Después en septiembre (...) siembran el tabaco” (Abbot, 1865: 206).

Su incidencia en el proceso de subdivisión de la hacienda no fue tan impactante como el que originó la plantación azucarera, sin embargo, el uso de las fuentes de agua y su

¹ Existe la limitante de que el censo de 1862 no reporta sitios de labor en algunas localidades.

necesidad de espacios para cultivos de subsistencia debilitan la hacienda y el corral, mientras que en las zonas agrícolas azucareras o cafetaleras la producción de los sitios se realizaba con vista de un mercado.

El estudio de las parroquias occidentales, anteriormente mencionadas, demuestra que las vegas necesitan extensiones pequeñas de tierra, en su mayoría no sobrepasan las 25 ha. Las inversiones tampoco son alarmantes y su fuerza de trabajo no es abundante. Su cultivo se hacía por vegueros libres, también en algunas de estas áreas se unían libres y esclavos. "(...) La vega no pasó nunca de ser un sitio rural, como una huerta. La vega no formó latifundios y fomentó la pequeña propiedad (...) para la vega bastó una estancia (...). (Ortíz, 1987: 56)

No ha de engañarse el historiador o analista del período, la menor extensión y menor cuantía en las inversiones no niega rendimientos económicos competitivos, tampoco cultivo en pequeño implica pequeño agricultor. Muchos hacendados utilizaron este cultivo dentro de sus propiedades, desde esta última apreciación entendemos a Fernando Ortiz cuando expresa que "(...) la circunstancia de ser la vega un fundo pequeño (...) y que la explotación agrícola pueda ejecutarse con pequeños núcleos familiares. Solo cuando esto no puede lograrse se requieren los braceros, pero en pequeños grupos, nunca en las cuadrillas y centenares de trabajadores que exigen los cañaverales (...) por tales causas, si bien en los tiempos de esclavitud los negros esclavos se emplearon como peones, el núcleo veguero fue siempre libre y blanco (...) El tabaco es un tesoro legado por el indio, apreciado y recogido enseguida por el negro, pero cultivado y explotado por el blanco." (Ortíz, 1987: 57)

Con el ferrocarril se "aproximaron" las vegas a La Habana. De todas formas, el tabaco no unió su forma de producirse agraria con su industria, "(...) aquella quedó siendo campesina y ésta siempre fue urbana y con preferencia habanera (...)" (Ortíz, 1987: 77). Para la tercera década del siglo XIX, en La Habana existían unas 400 tabaquerías y las exportaciones tendrán un aumento de 140 millones en 1840 a 360 millones en 1855, con altas demandas en Alemania, Dinamarca e Inglaterra, siendo menor la demanda en Estados Unidos y España. En cuanto a la

fuerza de trabajo, en 1836 se reportaban 1 622 operarios y 622 esclavos de un total de 2 234 tabaqueros. Hacia 1846 los tabaqueros se habían incrementado hasta 14 mil, de ellos unos 9 mil blancos y el resto se reportaba como de color. (Stubbs, 1989: 83)

Según Madden "(...) Había un total, en 1830, 5 334 vegas o plantaciones de tabaco. Una caballería de tierra rinde alrededor de 360 arrobas de hojas. En 1827, la cosecha ascendió a 500 000 y la extensión de tierras dedicadas al cultivo del tabaco era de 2 778 caballerías. Una vega bien cultivada requiere veinte trabajadores y cuatro yuntas de bueyes. El monto total del capital empleado en estas vegas, según Sagra, es de 6 532, 420 dólares; el número total de negros, 7 927 y la ganancia neta sobre el capital invertido, el seis por ciento". (Madden, 1964: 188)

El tabaco tendrá para los inicios de la segunda mitad del siglo XIX su tránsito hacia la maquinización, hecho elemental para el torcido del tabaco de cuerda, y así moler el tabaco hasta convertirlo en polvo o hacerlo picadura. Para 1853 se estableció en La Habana una cigarrería con máquina de vapor, su dueño fue don Luís Susini, llegando a producir 2 580 000 cigarrillos al día. Diez años después "(...) anunciaba un volumen de producción diaria de 3 millones de cigarros, lo que significaba el 10% de la producción de La Habana (un 5% del total de la Isla) y abastecía a las casas reales de Europa. Para su época, la fábrica era enorme, empleaba unos 2 500 trabajadores en total" (Stubbs, 1989: 24). En el año 1861 de las 1 217 tabaquerías en toda Cuba, 516 se localizaban en La Habana, de estas 158 se registraban como de primera clase, con una fuerza de trabajo que llegaba a los 50 o más operarios. (Stubbs, 1989: 25)

Hacia la década de 1850 una importante parte de la población se dedicaba al cultivo del tabaco. Las cifras los estiman en 120 mil, de ellos unos 58 mil de una población de 69 mil en Pinar del Río; las cifras bajan hacia el centro y oriente. Los empleados como torcedores se aproximaban a los 20 mil, de ellos unos 15 mil en La Habana (Stubbs, 1989: 80, 81), en el año 1862 la fuerza de trabajo agrícola en el tabaco alcanzaba la cifra de 121 638, de ellos 17 675 eran esclavos, 75 058 blancos y libres de color y emancipados sumaban 28 905. (Intendencia de Hacienda, 1864)

BIBLIOGRAFÍA

Abbot, A. (1965): *Cartas*, Cuba, La Habana: Consejo Nacional de Cultura, p. 237.

Arazoza y Soler (1820): *Guía Constitucional de Forasteros de la Isla de Cuba y Calendario Manual para el año 1821*, Impresoras del Gobierno Constitucional.

Colectivo de autores: *Historia de Cuba. La Colonia, Tomo I, Primera Parte, Evolución socioeconómica y formación nacional de los orígenes hasta 1867*.

Archivo Histórico Provincial de Santiago de Cuba: Fondo. Gobierno Provincial de Oriente, Materia. Fincas Rústicas, Legajo 639, Expediente 18.

Le Riverend, J. (1974): *Historia Económica de Cuba*. Cuba, La Habana: Editorial Pueblo y Educación.

Moreno Friginals, M. (1978): *El Ingenio. Complejo económico- social cubano del azúcar*, Cuba, La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.

De la Sagra, R. (1831): *Historia económica, política y estadística de la Isla de Cuba ó sea de sus progresos en la población, la agricultura, el comercio y las rentas*. Cuba, La Habana: Imprenta de las viudas de Arazoza y Soler, Impresora del Gobierno y Capitanía General, de la Real Hacienda y de La Real Sociedad Patriótica por S.M.

Archivo Histórico Provincial de Santiago de Cuba: Fondo: Gobierno Provincial de Oriente. Materia: Fincas rústicas. Legajo 639, Expediente 17.

De la Pezuela, J. (1863): *Diccionario geográfico, estadístico- histórico de la Isla de Cuba*. España, Madrid: Imprenta del establecimiento de Mellado, Tomo I.

Conde Armíldez de Toledo (1864): *Noticias estadísticas de la Isla de Cuba en 1862, dispuestas y publicadas por el centro de estadísticas*. Cuba, La Habana: Imprenta del Gobierno, Capitanía General y Real Hacienda por S.M.

Márquez, J. J. (1926): *Diccionario geográfico de la Isla de Cuba (1875)*. Cuba, La Habana: Imprenta Pérez de la Sierra y Co. Compostela No. 102.104.

Ortiz, F. (1987): *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*. Venezuela, Caracas, Biblioteca Ayacucho.

Stubbs, J. (1989): *Tabaco en la periferia*, Cuba, La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.

Madden, R. (1964): *La Isla de Cuba*. Cuba, La Habana: Consejo Nacional de Cultura, Habana.

Intendencia de Hacienda (1864): *Noticias estadísticas de la Isla de Cuba en 1862*. Cuba, La Habana.